

Diligencias previas

LOS ANTECEDENTES

Anhelando el comienzo

Uno. Esta historia la comienzo con el uno. El uno indica el origen de lo que quizás ilusionadamente se inicia. El anhelo del comienzo de algo desconocido que espera paciente para llegar a ser. Es la ilusión que, junto a la necesidad, otorga fuerza a quien emprende una contienda vital. Es el dar en el caminar.

El uno, ya es. Es, por sí solo. Sin más. Él es el que proporciona consistencia a la existencia del vacío. Realidad, a la fabulación de la nada. En su graffa árabe se erige orgulloso sobre la superficie plana ofreciendo altura y, quizás, profundidad a un punto sobre el que se proyecta en el espacio vital. Pero el uno es generoso y, sin dejar de ser, sacrifica su prestancia permitiendo la existencia a la siguiente estancia. Es apasionado y esperanzador. Intrigante y emocionante. El uno es simple y sencillo. Es el esfuerzo de quien lucha por su presente para conseguir honradamente su futuro. Es un compartir el universo desdoblándose para que otros sean y se perpetúe la existencia diferenciada de seres sucesivos. Es la verdad última del ser íntegro que sueña confiado y seguro.

El uno es racional. Algebraico. Ni primo ni compuesto es, según lo convenido. Ni par ni impar, porque es par e impar a la vez. Corazón del cosmos ilimitado en el que el hombre se purifica mística y progresivamente, conformándose así como en una sola unidad del cuerpo y el alma inmortal en evolución perpetua. Es la necesidad de la muerte en el devenir universal. Es el misterio del anhelar aportar racionalidad a lo irracional. Es la voluntad de vivir humildemente intentando la imposible perfección del conocimiento de cada día, de cada hecho, de cada palabra. Es armonía y, por eso, es belleza y justicia.

Lo que esta historia anhela es ofrecer el comienzo del esfuerzo sucesivo del devenir mediante el trabajo humilde y sencillo del relevo generoso de quien desvela la verdad a quien le sucederá. Entregar vida para que continúe el universo viviendo. Esta es la historia de seres íntegros que entregan lo mejor de sí en búsqueda de la justicia verdadera. Y quizás sea en ese actuar honrado del soñador confiado donde se encuentre la verdad última del ser justo y bello. Esa armonía es esfuerzo, tesón, disciplina, silencio, soledad, ilusión y pasión. Es, en definitiva, conocimiento, belleza, amor y bondad. Eso es lo que aquí se quiere contar. Es esta una de tantas historias del relevo del uno en el dos.

Parte primera

LOS HECHOS

Hecho primero:

El desdoblamiento sucesivo

Llevaba horas en mi despacho del Supremo. Los expedientes se multiplicaban en los últimos años conforme se judicializaba la política y se politizaba la justicia. Era cansino aquello. Ciertamente. Notabas en cada palabra y acción procesal cómo pretendían provocar una concreta actuación judicial. A veces me sentía manipulado. O, mejor dicho, objeto de intentos de manipulación. No lo conseguían, claro. O eso creía yo, que nunca se deja de ser absolutamente incauto en este oficio. Era muy cansado y yo lo estaba. Decidí ir a pasear.

A diferencia de lo que hacía en otros paseos por Madrid, en esta ocasión no pensé en los muchos problemas que tenía sobre la mesa del despacho. No. Esta vez pensé en mi futuro y en mi pasado. Lo pasado, lo conocía. Mucho trabajo y esfuerzo para poder llegar a ser Magistrado del Supremo y, además, compaginar todo eso con la vida familiar, a la que yo di siempre muchísima importancia. Mi presente era el de disfrutar de los muchos frutos obtenidos gracias a ese esfuerzo. En mi trabajo, que me apasionaba,

en mi vida personal con mi mujer y mi nieta, que prácticamente vivía con nosotros. Quedaba el futuro. A este ya no lo conocía. Podría imaginarlo. Nada más. Pero de lo que se trataba era de ir pensando en programar todo lo poco que los futuros a estas edades se dejan programar. Iniciarme en alguna actividad que me mereciera la pena y me provocara el esfuerzo entusiasmado por un objetivo. Algo por lo que seguir luchando más allá de los pleitos. Algo verdadero y generoso. Libre y a la vez exigente. Algo que me obligara a dar y a crecer en humanidad. Tener contacto con alguien y no solo con uno o muchos libros.

Tardé bastante o, al menos, a mí me pareció que demasiado tiempo, en comprender que a lo que le daba vueltas en mi cabeza y desde mi corazón era a la idea del relevo. De dar lo aprendido a alguien. A un joven con ganas de aprender y luchar. Alguien con vocación de juez que quisiera servir a la justicia intentando averiguar la verdad de los hechos para aplicarle el Derecho y conseguir el mayor grado de justicia posible. Eso estaría muy bien. Era bueno para todos y me apetecía mucho. Más bien era una necesidad. La de dar. Dar de esta otra forma lo que yo había aprendido. Entregarme en esta última variante de entrega.

Un colega, amigo desde muchos años atrás, me habló de un universitario, alumno suyo, que parecía tener una seria vocación y con el que merecería la pena pasar las valiosas últimas horas de la vida.

A Tomás lo conocí un sábado en una comida en Lhardy a la que nos había convocado el colega y amigo mío que había sido profesor de él. Me pareció un chico serio, educado, y en ese momento creí que podría congeniar bien. No me equivoqué. Resultó ser un chico estupendo. Un joven amigo y con el tiempo, algo más incluso que eso. Pero Tomás supuso la posibilidad del relevo, de la entrega, de la sucesión. Él me permitió que yo pudiera dar lo mejor que encontré en mis libros, en mis notas, en mi experiencia, en mi vida y en mi ser. Una sorpresa que la vida te regala cuando menos lo esperas. Cuando crees que ya todo ha terminado y que

te queda cuidar de las plantas de la terraza y pasear por el parque encerrado en tus recuerdos.

Muy al contrario, lejos de rumiar secciones de vida pasada, este nuevo y joven amigo supuso una luna creciente esperanzadora en mi ciclo vital. Por eso, luna tras luna, crecimos juntos dándonos en lo que podíamos el uno al otro. Esforzándonos en hacerlo mejor, en vencer las dificultades, en sacarle tiempo a la vida y en disfrutar al máximo de todas y cada una de nuestras reuniones.

Yo no era consciente entonces, pero al cabo del tiempo pude comprender que se estaba produciendo el desdoblamiento sucesivo.

Hecho segundo:

El descubrimiento de la luna creciente

Estudí el bachillerato de Ciencias. Comencé a estudiar la doble titulación de Derecho y Administración y Dirección de Empresas sin saber muy bien a qué quería dedicarme. Se me daban bien tanto las asignaturas de Derecho como las de ADE. Pero las prácticas de Derecho se me daban mejor. Esto fue decisivo. Lo supe en segundo de carrera. Me dedicaría al mundo jurídico. Todavía me faltaba saber desde qué posición. Ser abogado, fiscal, juez... Me gustaban los juicios. Algo era algo, con esa afición mía eliminaba, entre otras posibilidades, todas las inspecciones o el ser registrador o notario y otras más. Pero esta cuestión se resolvió con las asignaturas de Penal Especial y de Procesal. Yo quería ser juez. No obstante, para pensármelo mejor, me matriculé en el Máster de Negocios y Abogacía Bilingüe. Así que me fui a Singapur y luego a estudiar de nuevo, para que no se me olvidara. En Singapur me lo pasé genial. Las asignaturas se subastaban. Partías con unos puntos que te entregaba la Universidad y luego, con ellos, pujabas por las asignaturas que te interesaba cursar. Las más caras resulta-

ban ser aquellas en las que no exigían examen para superarlas. Todo ello resultó muy estresante y duró horas. Pero conseguí unas cuantas sin examen de forma que solo tenía que examinarme de dos asignaturas. Bien, porque pensaba viajar mucho. Y exactamente eso es lo que hice. Adquirí conocimientos sobre negocios jurídicos, pero también de geografía asiática, costumbres, gastronomía, y sociedad. Esta última, no precisamente asiática. De hecho, un amigo italiano y yo conocimos a unas chicas noruegas y orientamos la ampliación de nuestros conocimientos en este sentido. Al volver a España, la cosa se hizo un poco más dura, pues volví a tener contacto con el mundo memorístico y con la práctica jurídica. Me hice abogado superando el examen a la primera. Luego hice las prácticas en un Despacho internacional de abogados. También en este tuve bastante éxito y casi me empieza a gustar ese mundillo de trabajar y trabajar y ganar y ganar un buen dinerillo. Sin embargo, me imaginaba ya CEO o consejero del Despacho y veía que, salvo en lo de ganar clientela, el trabajo jurídico era bastante repetitivo. Mucho bancario, ejecuciones de desahucios y valoraciones de inmuebles para carteras inmobiliarias de fondos buitres. Un día, no un día cualquiera, no. Un día de muchísimo trabajo. Un día de esos muchos en los que ya no sabes qué día de la semana es porque lo mismo es un miércoles que un domingo o un jueves. Un día de estos muchos, una compañera de repente se me acercó a mi mesa y aparté de mi ordenador la vista por un momento para escucharla.

—Tomás.

—Dime.

—¿Tú te has dado cuenta de que somos los malos?

—Malísimos. Ja, ja.

Cuando esa noche a las cuatro de la madrugada volvía en el Uber a mi casa literalmente agotado y pensando en cómo economizar mi tiempo hasta llegar a la cama y dormirme antes, porque tendría que despertar cuatro horas después, me puse a pensar que en realidad yo no había estudiado tanto para llegar a ser el malo de la película y que no era

para eso para lo que había dejado de ver a mis amigos. Encima, había perdido los fines de semana y me alimentaba con comida basura delante del ordenador ante el que me dejaba las pestañas. Ganaba mucho, pero no tenía tiempo para gastarlo.

La idea se me fue formando más y mejor en la cabeza. Seguí haciendo mi trabajo lo mejor que podía, pero la conciencia de esforzarme en ser mejor malo me empezaba a molestar bastante. Hasta que, pasados unos meses, cuando acabé mis prácticas de abogacía y justo cuando me comunicaron que me habían seleccionado para hacerme fijo en el puesto, anuncié que tenía ya un preparador para opositar a jueces y fiscales.

Todavía hoy pienso que fue una gran decisión sobre el rumbo que había de tomar mi vida. Claro que podía haber cambiado de Despacho o de departamento en el mismo Despacho o quizás haber alegado problemas de conciencia... No. Eso no lo hubiera podido hacer. Bueno..., ya estaba hecho. Me había lanzado al vacío dejando un contrato indefinido como abogado en un Despacho internacional de los que molan a todo ser en su sano juicio. Pero estaba contento. Quizás sin el juicio muy sano, pero contento. Durante todos aquellos meses me había estado planteado la función judicial y la del mismo Derecho en la sociedad en la que me había tocado vivir. La importancia de los procesos judiciales justos y con garantías. La igualdad, la publicidad... Cuando iba a juicios estando en el Despacho, me fijaba muchísimo en el papel del juez y sentía como una especie de deseo o envidia por el lugar que ocupaba él y el que ocupábamos nosotros. Sabía que el papel de la abogacía es tan importante como el del juez. Todo el mundo tiene derecho a una defensa y además los letrados ganaban diez veces más que el juez. Pero yo sentía cada vez con más fuerza que la abogacía no era mi camino. Había nacido para pobre. Qué se le iba a hacer.

Consulté sobre cómo preparar las oposiciones y me hablaron de academias y de preparadores de prestigio. Mi antiguo profesor de Derecho Penal me presentó al Magistrado

Félix Carrión y ya no quise conocer a nadie más. Me tomé un tiempo de descanso y quedamos para después del verano.

Por aquel entonces conocía de oídas la vida del opositor, pero yo no sabía nada de la dureza de las oposiciones. Ni de los sacrificios que debería hacer y de lo que me costaría llevarlos a cabo. Ni de mi carácter tipo montaña rusa. Y de la necesidad de sentir por un momento el aire en la cara. Nada de eso sabía. Y como no lo sabía, no lo pensaba. Y eso estaba bien porque lo único que pensaba era en la ilusión de ser juez. En el éxito. En lo difícil de conseguirlo, pero en que, si otros lo habían conseguido, yo también lo haría.

Durante el verano disfruté todo lo que pude. Me organicé varios planes con amigos y lugares diferentes. Tuve la suerte de volver a viajar de nuevo sintiendo esa libertad de conocer sitios extraños, Colombia, Guinea Bisau, Camboya, Finlandia, Múnich...

—Último verano de libertad hasta ser juez. Me encierro —les decía a todos mis amigos para que se fueran haciendo a la idea y, de paso, para que yo mismo asumiera lo que se me venía encima.

Antes de comenzar a memorizar los temas todavía me permití hacer unas copas con los del Despacho y con los de la Uni, Colegio, Master y demás. De despedida hasta no se sabe cuándo. Próximamente, les decía yo a todos. Entre unas cuantas bromas y consejos que nunca faltan, una compañera del Despacho me dijo,

—Tomás, quiero contarte algo que nadie sabe. Quiero contártelo porque te lo mereces. Porque eres muy buen tío y un compañero de diez. Yo estuve preparando judicaturas cinco años y medio. A los tres años conseguí llegar al tercero, pero me suspendieron. En la cuarta vez que me presenté, me equivoqué en el test primero. Pero para el quinto año estaba ya preparada para llegar al final y aprobar. Efectivamente, llegué al último ejercicio. Todos decían que era la definitiva y me daban ya por aprobada. Yo también, la verdad. Me salieron unas bolas estupendas y me sabía todos los temas. Empecé a cantar y, de pronto, me quedé en

blanco. Me salí. De repente comprendí que la oposición no estaba hecha para mí. No pasaba nada. Sí, sí. Como lo oyes. Me salí. Sin más. Mi madre estaba allí y me dijo que volviera. El Tribunal me dijo que me concedía un tiempo para que me repusiera si me había indispuerto ya que lo estaba haciendo bien. Pero yo, en ese instante, vi que mi situación en la vida era como abogada y que no quería seguir. Había olvidado hasta qué temas eran los que me habían salido. Lo dejé. No me arrepiento. Llevo tres años como abogada y estoy bien y segura de que esto es lo mío. Me casé este verano y queremos tener familia pronto. Ya sé que no se puede entender. Te lo cuento para que comprendas que, pase lo que pase, tu felicidad no está hipotecada. Lo que hipotecas es tu tiempo durante unos años. Pero la felicidad se puede conseguir de otras muchas formas.

—¡Gracias! Me has dejado impresionado por tu sinceridad.

—Te la mereces. Ten paciencia contigo mismo y sé muy constante. Si es lo que quieres, a por ello muy en serio.

—Eso haré. Vaya, lo intentaré al menos.

—Un abrazo. Me tengo que ir ya.

—Nos veremos. Muchas gracias por la confianza que has tenido.

Se fue dejándome eso dentro. Era algo muy complicado. A la mañana siguiente, después del resacón, me enchufé a las páginas de opositores. Las experiencias eran múltiples. Me estaba poniendo más malo aún de lo que me dejaron las copas y la cruda sinceridad de la chica del Despacho la noche anterior. Decidí ya desde ese momento que lo mejor era no compararme con nadie. Cada cual es un mundo. Me prometí a mí mismo no volver a entrar en páginas de opositores, me llenaban de negatividad y los ánimos que algunos daban no me afectaban para nada. Aquello era absolutamente tóxico.

Al día siguiente, ya estaba subrayando el primer tema de Constitucional. El uno. Después de este tema, se sucederían los demás. Todo había empezado. Tenía mucha ilusión en el comienzo y me sentía fuerte y seguro. Invencible y

absolutamente capaz. Los primeros meses los dediqué a acostumbrarme al ritmo de vida y trabajo. La oposición estaba siendo un volcán de emociones, bajones, disciplina, tensión, cronómetros, esfuerzo, deporte, alimentación sana, horarios, temas, soledad, dependencia económica de los padres, tenacidad, encerramiento en la misma habitación durante horas que unos días se hacían infinitas y que otros pasaban como escapándose sin detenerse por aquella mesa de estudio repleta de códigos, apuntes, notas, bolígrafos, subrayadores, almanaques y libretas, además del imprescindible cronómetro. Pero notaba que aprendía muchísimo. Que crecía. No solo aumentaba mi conocimiento sobre materias jurídicas, también aprendía a conocerme a mí mismo, a tener paciencia con mis muchas debilidades y a escuchar a mi cabeza cuando ya no daba para mucho más. Maduraba. Eso me daba fuerzas en los momentos más tontos. En esos momentos bobos, también me enriquecí porque comencé a interesarme y a profundizar en algo que siempre me había gustado, pero que hacía muchos años que había dejado de lado. La filosofía matemática clásica. Concretamente me llamaron la atención varias ideas de los pitagóricos y de san Agustín. Por supuesto, Platón siempre estaba por allí.

Una tarde cualquiera intentaba concentrarme como en cualquier otra tarde. Pero aquella tarde llevaba un rato que no me enteraba de nada de lo que leía. Normal, después de nueve horas estudiando. No me había cundido mucho y había intentado conseguir mi propósito alargando las horas de estudio. Un error. Ya lo sabía. Llevaba un rato haciendo el tonto, pero el cansancio me impedía reaccionar, levantarme y salir corriendo de allí. Miré por la ventana de aquella habitación a la que entregaba mi inerte estancia notando cómo ella se apoderaba de mi ser y no solo de mi estar. Se había hecho de noche. Nos habían cambiado la hora y deprimían mucho las tardes tan cortas. En seguida oscurecía dando la sensación de que el estudio también terminaba. Pero no, el estudio debía seguir un poco más. Sobre todo, si no había cundido lo suficiente. Qué vida tan insulsa

y repetitiva llevaba. Mirando a la oscuridad de la noche, observé una gran luna creciente. Era la luz que me faltaba a mí en aquella tarde oscura. Creo que fue inconscientemente, pero di por perdida la tarde y me dediqué a contemplar la oscuridad contaminada del inmenso cielo de Madrid.

Me levanté por fin. Despegué de mi asiento y de la mesa y me dirigí a la ventana. La abrí para que me diera el fresco en la cara y oír los sonidos del mundo real. Sí, del mundo real. Porque mi mundo, aquel de mi habitación, no podía ser el real. Era una inversión de tiempo vital con un esfuerzo que a veces se hacía inhumano para alcanzar una buena situación en ese mundo real. Así es como yo me lo planteaba. Y con ello, intentaba conseguir la tenacidad en el trabajo disciplinado que decían que me caracterizaba, pero que aquella tarde se había esfumado. No soy muy lírico en mis planteamientos, pero en la soledad de mi cuarto me quedé extasiado mirando la luna. Tanto que, al oír un sonido, pensé que mi madre entraría y me pillaría en semejante debilidad. No. No era mi madre. Era la vida real de mi familia que se desarrollaba detrás de aquella puerta de mi habitación esperando a que yo saliera de ella. Seguí mirando aquella luna preciosa. No estaba llena. No sé por qué las lunas llenas están tan valoradas. Era una luna creciente. Muy bonita. Pero que muy, muy bonita. Mirándola atentamente, me puse a pensar en que debía reconocer que en la vida existe también la imposibilidad de algunas cosas. Por ejemplo, saber qué es antes, el huevo o la gallina. O la cuadratura del círculo. Hervir los océanos. Lamerse el codo... En esas cosas asombrosas y profundas pensaba yo, cuando no conseguía concentrarme delante de los temas de la oposición. Y..., puestos a detener el tiempo, es decir, a acabar de perder lo ya perdido, abrí mi ordenador para investigar estas cosas imposibles. Estuve un buen rato navegando, sin rumbo fijo. Empecé por la cuadratura del círculo y la verdad es que ya no tuve que investigar más sobre las demás cosas imposibles que se me habían venido a la cabeza mientras miraba la luna creciente. Había encontrado la solución.

Se llamaban lúnulas. Eran lunas en cuarto creciente y su hallazgo me llenó de optimismo. Lo imposible podría hacerse posible. Las lúnulas eran excepciones a la imposibilidad de la cuadratura del círculo. Casos excepcionales. Yo podría ser un caso de estos. Quizás pudiera ser que en mi cabeza algún día cupieran todos esos temas que en ese momento descansaban expectantes en mi mesa observando a aquel perdido navegante. Si se podía excepcionalmente cuadrar el círculo, excepcionalmente también yo podría llegar a ser juez. Tan solo se trataba de cuadrar el círculo. Otros lo habían hecho, Hipócrates de Quíos, Alhacén, el gran Leonardo Da Vinci, Durero, Euler, el matemático alemán Carl Louis Ferdinand von Lindemann, Chebotariov y Dorodnov, entre otros muchos.

Era posible mediante regla y compás. Lo que, pasándolo a mi campo, se trataba de disciplina y tenacidad. La misma que la de la luna que siguiendo las normas de la naturaleza se comporta imperturbablemente. Aparece en el cielo, va creciendo, se hace llena y va desapareciendo. Siempre en los mismos tiempos. Con regularidad, sucediéndose en mis noches de opositor con tenacidad pasmosa. Iluminándome la oscuridad de mis tiempos y guiándolos pausadamente, con compás.

Algunos como Ferdinand Lindemann decían que no era posible. Que había que usar el álgebra. Es decir, números algebraicos. El número π era trascendental para llegar a esa cuadratura. Y, sin embargo, no era algebraico.

Los números trascendentes, o trascendentales, eran imposibles, pero eran reales a la vez. El número π era uno de estos y resultaba clave para cuadrar el círculo. Su existencia se debía al resultado de dividir el perímetro entre el diámetro de un círculo. Otro número importante era el áureo o la razón de oro. Lo había utilizado Leonardo Da Vinci para las proporciones corporales. No son números algebraicos, racionales, ¡pero sí son reales! Existen. Pero su existencia es irracional. ¡Pero también es trascendental! Se repiten hasta el infinito sus decimales. ¡Eso es! Mi situación se pa-

recía a la del número π . Se repetía hasta el infinito. Y, sin embargo, yo debía hacer de mi real e irracional existencia, algo racional. Esto era verdaderamente trascendental para mí. ¿Cómo podría convertir algo irracional en algo racional? Sin duda trabajándolo. ¿Pero cómo? En qué sentido debía trabajar. Al cabo del tiempo comprendí que dividiendo un número irracional por sí mismo, se convierte en racional, es decir, en uno. Y el uno es ya un número racional. El uno, cómo no. El uno... Estaba claro que lo importante es la existencia. El ser real. A partir de eso, solo queda el trabajo. Desde ese momento me definí como un algo que trabaja sucesivamente, con disciplina y tenacidad lunar, pero con racionalidad. No sé si sería juez, pero había conseguido una definición de mí mismo bastante aproximada. Qué se le iba a hacer, me estaba volviendo cada vez más friki y desde luego ya era un *nerd* de la cuadratura del círculo, las lúnulas y demás temas varios. Vaya, un pitagorín.

Asimilé rápidamente este último pensamiento y me dio lo mismo. Yo, a lo mío. Cuadrar el círculo solo se puede lograr mediante repeticiones sucesivas de lúnulas. Qué bien sabía yo esto. Yo me repetía una y otra vez los temas. Ya llevaba tres vueltas de Civil y dos de Penal. Claro que con los Procesales no había empezado y menos con Mercantil, Laboral y Administrativo. Repetirlos sucesivamente era mi método y el de todos los opositores. Se necesitaba disciplina y tenacidad. De esta forma la trascendental opción de ser juez, que parecía una quimera imposible, se volvía real y factible. Aunque desde luego, difícil y complicada. Pero esa era mi opción. Me atraía lo difícil. Me estimulaba. Quería intentarlo. Estaba en ello. En convertir lo real y trascendente pero irracional en algo racional.

Justo. ¡¡Ese era mi caso!! Una realidad trascendente pero imposible me paralizaba en aquella estancia insulsa en la que se había convertido mi vida. Sin embargo, en aquel instante yo era un hombre feliz. Acababa de encontrar la solución. Existía quien había cuadrado el círculo y también quien había aprobado la oposición. Sí, existían jueces que,

para serlo, habían sido capaces de aprenderse todos aquellos temas y superar todos los ejercicios de la difícil oposición. Sí, era cierto. El imposible podía ser vencido. El círculo se podía cuadrar. Yo sería juez.

Los pitagóricos ya estaban vistos. Me llamaba mucho la atención san Agustín, el santo jurista que llegó a serlo gracias a su madre, santa Mónica, otra santa. Mi madre también llegaría a serlo algún día, yo se lo estaba poniendo fácil en ese sentido. Me interesaba también mucho san Agustín porque simplificó todo lo de los pitagóricos y añadió en el origen, el uno, el centro, la existencia de Dios. Este origen que es el uno está situado en el núcleo de la esfera que es la tierra como centro del cosmos y es también lo que hace racional al irracional número π por el que llegaremos, a través de la sucesión de lunas crecientes y con regla y compás, a la imposible cuadratura del círculo. En resumen, que trabajando mucho y con la ayuda de Dios, yo sería juez. Pensé que eso ya lo sabía. No hacía falta tanta historia y filosofía. La novedad es que matemáticamente era posible lo real trascendente e irracional. Solo había que trabajarlo y moldearlo para que diera el resultado esperado.

Vale. Pero necesitaba descansar. Di por terminada la navegación por la nube, el filosofar y la contemplación de la luna y salí de mi espacio para cenar y acostarme pronto con el afán de terminar el día y con él el pesimismo alestargante que me impedía vivir. El cansancio me estaba dominando y mi mente viajaba ya desde aquellos temas de Constitucional, Civil y Penal, hacia la misma luna. Sí. Se me había ido la cabeza a la luna. Una luna creciente, luminosa, hermosa que me llenaba de esperanza dándome fuerza para seguir su compás. Cuántas lunas necesitaría yo para conseguir cuadrar mi particular círculo. Esa era la cuestión. Ya en la cama me parecía increíble que un trocito de luna, una luna creciente, me hubiera animado la tarde. Habría más lunas. Era cuestión de vivirlas y encontrarlas en buena disposición para ir cuadrando el círculo. Poco a poco. Despacio. Tenazmente. Como ellas se deslizaban en

el espacio iluminando la noche y sosegando los mares. So-
segando las ganas que, arremolinadas, impedían avanzar.
Así debía yo recorrer esa etapa vital que en ocasiones se
me antojaba brutalmente tormentosa. Hundiéndome en
el fondo del mar. Caminar sobre las aguas se puede siem-
pre que se evite el parar. Caminar. Caminar en serenidad.
Me quedé plácidamente dormido.